
EL AMANTE
INVERNAL
Esther Llull


EL AMANTE
INVERNAL
Esther Llull

EL AMANTE INVERNAL

Diarios de una astróloga

Esther Llull

Copyright © Oficial ® ISBN B00J43PDVK

Colecciones Literarias Esther Llull© tiene todos los derechos de reproducción de la obra.

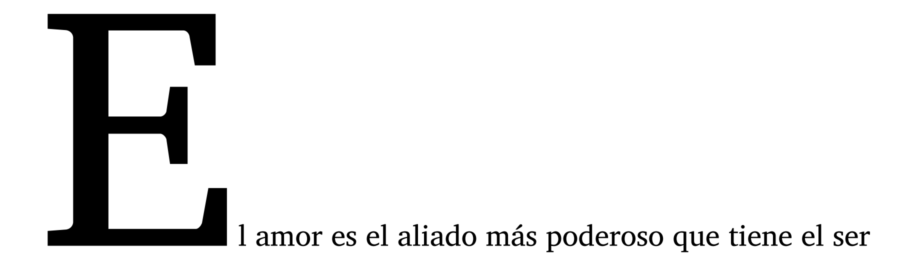
Todos los derechos de autor están reservados. Queda prohibida la venta, reproducción o copia digital o por cualquier otro medio visual de esta obra, salvo permiso expreso de su autora.

Cap. 1-35

Para todos aquellos lectores y lectoras que creen en las estrellas.

Mi única vigilia, abandonada a sus ofrendas mímicas, mi única sabiduría. Nada hay más perverso que recoger el castigo sin estrellas. Porque lo único que sabemos es lo que nos sorprende. Desesperando creí en tu armonía

A Orlando

l amor es el aliado más poderoso que tiene el ser humano para crear unas leyes superiores y acercarse a los mundos de otras civilizaciones sin pervertir su verdadera esencia.

Con el andar del tiempo, Orlando se cuidaba menos y menos de ocultar sus sentimientos. Acalorado de amor se tiraba en alguna playa solitaria de las playas nórdicas, donde los amarillos mimbrales bordeaban la ribera, y se llevaba para ponerse envuelto un gran manto de pieles. De vez en cuando me llevaba con él, me tomaba en brazos. Y luego me hacía gemir entre algún éxtasis y me proponía que volviese a entrar en trance, para lo cual me abrazaba otra vez. Luego me contaba de sus otros amores, y cómo, comparados con el mío, habían sido de madera, de lona y de cenizas. Y me daba en prueba de su amor un abrazo más. Y después, embozados en nuestras mantas, hablábamos de cuanto había bajo el sol: de vistas y viajes; de moros y

paganos; de la barba de ese hombre y del cutis de esa mujer. Lo que me maravillaba era que la nieve hubiese llegado y no nos perturbase.

Nada era demasiado pequeño para ese diálogo, nada demasiado grande. Y entonces, bruscamente, Orlando caía en una de sus melancolías; la visión de una vieja arrastrándose por el hielo era tal vez la causa, o tal vez ninguna. Se tiraba de bruces en el verde de la tierra y miraba las aguas casi congeladas y pensaba en la muerte.

Porque decía bien el filósofo que aseguraba que la separación entre la melancolía y la dicha no es más ancha que el filo de un cuchillo, y Orlando procedía a opinar que una es hermana gemela de la otra; y concluía de ahí que todos los extremos del sentimiento son afines a la locura, y nos exhorta a buscar refugio en la verdadera patria, que es el único puerto, ancladero, bahía, etc., para los agitadores en ese mar. «Todo acaba en la muerte», solía decir Orlando, incorporándose, nublada de tristeza la cara.

En el mar siempre apreciaba un caminar malva, con sendas ocultas y resplandores que evocaban recuerdos de las aguas de donde él había nacido. Él siempre decía que un águila sobrevolaba el camino que juntos recorríamos, pero que, al final, sólo nos quedaban unas dunas inacabadas esperando por nosotros para ser libres tan sólo un instante.

Las notas del piano inundan ahora esta habitación mientras le rememoro tal como él era en su aspecto más enérgico. La noche se

cierra y yo sólo quiero estar aquí, para saber si tengo alma. Porque mi alma estará a salvo porque es un sueño o una esperanza que Orlando nunca vio. Ahora me voy cruzando majestuosamente tu corazón con la esperanza de que algún día sobrevueles el camino de dunas sin fondo, con la esperanza de ser libres.

2

Era como buscar tierra adentro, con la esperanza de encontrar algún tesoro perdido, porque yo te estaba contemplando en la danza de la muerte, a través del hombre de mis sueños, del hombre de mi vida, en el que tú te habías convertido. Y mis piernas temblaban y mis ojos vibraban y se condensaban en un llanto denso y agotador.

Nunca en la vida sentí nada igual, porque cuando en la madrugada recuerdo que te abrazaba, recuerdo que sentía tu sangre que volaba por encima de tu corazón, arrojando a mi ser hacia un amor prometido y asignado. Cuánto he llorado, incluso, en mis sueños, cuando he creído verte por última vez, con tu inocencia callada, como si me vistieses de otra mujer, como si me concedieses el último baile antes de partir hacia la muerte.

"Todo acaba en la muerte", repetía Orlando, incorporándose en el hielo. Pero como, al fin y al cabo, no tenía sangre danesa en las venas y que venía del sur o de la periferia, donde los crepúsculos no son tan largos como aquí, ni las albas tan súbitas, entonces las frases no se concluían porque había la duda de cuál era la mejor conclusión. Yo me quedaba mirándolo, quizá menospreciándolo, sin decir nada, porque debía parecerse a un niño. Pero al fin el hielo se enfriaba al otro lado de nuestra ventana, lo que era muy agradable, y ello nos hacía levantarnos de la cama, y me hablaba con tal encanto, con tal ingenio, con tal discreción (pero por desgracia en un español, que notoriamente pierde el sabor cuando lo traducen), que él se olvidaba de las aguas heladas o de la proximidad de la noche, o de la vieja aldeana o de lo que fuera y trataba de decirle —sumergiéndose y chapoteando entre mil imágenes ya tan gastadas como las mujeres que las inspiraron— a qué me parecía yo. ¿Nieve, crema, cerezas, mármol, alabastro, hilo de oro? Nada de eso.

Más bien era como un olivo, como las olas del mar vistas desde una altura; como una esmeralda; como el Sol sobre una verde colina que está nublada, como ninguna cosa de las que él había visto o conocido antes en España. Por más que rebuscara, le faltaban palabras. Necesitaba otro paisaje, otra lengua. El inglés era demasiado abierto, demasiado cándido, demasiado acaramelado para mí. Porque en todo cuanto decía, por franca y voluptuosa que yo le pareciera, había algo escondido en él; en todo cuanto hacía, por más audaz, algo oculto.

Así la verde llama estaba como escondida en la esmeralda, o el Sol aprisionado en la colina. La claridad sólo era exterior, dentro había un fuego errante. Iba y venía; nunca resplandecía con el rayo firme.

Orlando se enardecía en sus arrebatos y me arrastraba sobre el hielo, más y más rápido, jurando que daría alcance a la llama, que se sumergiría por la joya, y así infinitamente, rotas y entrecortadas sus palabras por la pasión de un poeta-astrólogo a quien el dolor extrae la contemplación cósmica de la vida.

Pero yo guardaba silencio, cuando Orlando se cansaba de comunicarme que yo era como un zorro, un olivo, o la cumbre verde de una montaña, y de contarme toda la historia de su familia. Entonces, aunque yo le contestaba de buen grado si insistía, siempre se interponía entre los dos cierta incomodidad o sospecha. Pero era más bien porque se abochornaba de los hábitos que había en la gente que, de otra manera, él veía también en mí.

3

Tu recuerdo me atormenta, y no sé si hago bien en bañarme en las aguas de la locura, son sendas ocultas que conectan con tu corazón, como en una efímera mañana hasta dar con el alma. El alma que no es sino lo que circunda al yo y lo comunica con la naturaleza, como en una especie de carrera o de camino por confirmarse a sí misma. Toda alma normalmente busca esclavizarse, como en el amor, toda alma busca ser esclavo de alguien o de algo, como yo busco o he buscado en ti, pero es mejor si busca servirse a sí misma, esclavizarse de sí misma, aunque puede caer en la isolación del alma, que es lo que me ha pasado. Tú me lo dijiste al final: "Sale y diviértete".

Sí, eso he hecho, cariño. Estuvimos en el restaurante "Le Sommelier" de Copenhague, ayer noche, un grupo de invitados a una cena, en la que se presentaba el grupo Vinova, del equipo Navazos de innovación sobre el Sherry. La embajada española nos había invitado, y el

periódico me invitó también a mí, porque sabían que tenía conocimientos vitivinícolas. En este caso, el vino no pudo ser más excelente y también la gastronomía.

El salón del Vino bar estaba tapizado de un color claro crema, formando flores de lis, había un escritorio de cedro en su centro donde se mostraban los mejores vinos seleccionados para esta ocasión. Antes de entrar al salón del restaurante estuvimos degustando una copa de vino de La bota de Florpower y entonces alguien empezó a hablar conmigo. Las sillas del salón restaurante estaban esculpidas en pino, y había un gran espejo de plata y lámparas con candelabros que sostenían velas de luz eléctrica. La decoración era exquisita y refinada y, al mismo tiempo, moderna.

Había una fuente de porcelana en cada mesa del comedor y una de las paredes estaba decorada con una gran alfombra persa.

Esta persona que se acercó a mí no era una persona corriente. Lo había visto de lejos, tenía el pelo blanco pero me sonreía, se acercó a mí para compartir el vino y me seguía sonriendo. Tenía unas gafas de pasta negra, su cara se me parecía a la cara de un actor. De repente, le dije: "Usted se parece a Richard Gere, el actor, pero, compréndame, no el actor en su primer momento, sino ahora en la actualidad con su pelo gris".

Entonces él me respondió que se había acercado a mí porque yo le

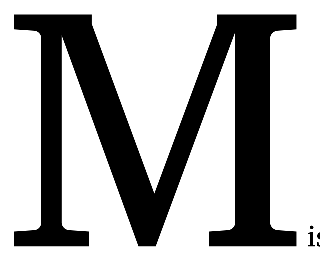
había recordado a alguien de su familia, a una antigua prima. Yo llevaba el pelo muy rubio y un poco largo, pero mis ojos eran marrones claros y grandes y esto llamaba mucho la atención aquí a los hombres daneses, que nunca habían visto unos ojos como de bronce y grandes. Aparte yo sigo estando muy delgadita, todos los hombres creen que soy más joven de lo que soy realmente. Nos quedamos charlando y entramos al salón del comedor juntos.

Todos hicieron sus presentaciones, se presentó el nuevo vino, se nos contó cómo se hacía, el tiempo de solera que necesitaba, si se fabricaba en toneles o en tanques de acero inoxidable, si la levadura era fundamental para la formación de este extraño vino de solera, que podía ser amontillado, unas veces, y, otras veces, ser palo cortado, y todo dependía de la levadura y del estado de la oxidación en el vino al tomar aire y mezclarse con otras añadas. Un mundo muy complejo y del que llevaría años y mucha experiencia entenderlo bien. Pero la gente, en general, quedó muy contenta con esta presentación.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo nos sirvieron un rape con unos pimientos del padrón y unos tomates cherry muy dulces, todo acompañado con La bota de Amontillado y La Bota de Manzanilla pasada, nuevos estilos e innovaciones de este Sherry-Jerez que asombró a todos los presentes.

A mi acompañante le dije que me llamaba Ofelia, y él entonces se presentó con el nombre de Vilhelm. La fiesta fue espléndida, quizás la

más espléndida que haya acontecido en los últimos años. La noche era hermosa, la concurrencia fue no muy grande pero bastante generosa. El salón estaba iluminado con luces brillantes. Y cada vez que miraba a Vilhelm él me sonreía. Tenía la misma sonrisa irresistible que Richard Gere. "Llévame contigo hasta el fin del horizonte", parecían decirme sus ojos. Esos ojos de un danés, un hombre de mediana edad, pero no muy maduro para su aspecto, parecía joven en el fondo de su alma, porque todo hombre danés, en el fondo, siempre es joven, porque el hombre danés tiene un espíritu muy especial, parecido al de un niño. Sólo hay que darle juego y dejarle a él que decida y eso es todo. Y éste parecía muy tierno conmigo. Pero él seguía sonriendo, parecía decirme: "Llévame contigo y cantaremos hasta convertirnos en pájaros de fuego".

is palabras se rompen ahora en la noche,

mientras Orlando enciende las almas heridas de los condenados a vivir en este abismo o en el abismo del cielo. Mientras él me condena también a mí a seguirle. Enciende mi amarga y corrupta mente y mi carne de mujer madura. Me destierra a vivir sin su alma infinita. Mientras yo le necesito más para ser yo misma. El es el camino vivo que ha de guiar mis pasos perdidos ahora. Ya no me importa que él ande borracho por la ciudad o que habite en otros lugares. Nunca jamás pensé que pudiera llorar tantos ríos de lágrimas por él. Por alguien a quien amé tanto y que no pude entender del todo. Le temo en la madrugada. Me dan temor estas preguntas, cuando me pregunta si le he amado o yo le pregunto si él me ha amado a mí. Sólo quiero mirarte ahora a los ojos y decirte la verdad desnuda, inocente y pura: Te amo para siempre.

Mis palabras se rompen en la noche, mientras tú, Orlando, enciendes

las almas heridas de los condenados a vivir en los abismos de tu propio infierno. Sí, yo estoy aquí, Orlando. Ahora no quieres perdonarme que tenga una vida.

Siempre me ha faltado la gravedad de un hombre, o la codicia de poder que tienen los hombres. Sin embargo, muchas personas me han dicho que mi carácter se parece al de un hombre, por mi forma decisiva de ser. Pero, en verdad, mi corazón es muy tierno. No tolero ver que golpean una mosca, o ahogan un gatito. En cambio, aborrezco los quehaceres domésticos, me levanto al alba para escribir y ando por el campo en verano antes de la salida del sol. Ningún agricultor me aventaja en el conocimiento de las cosechas, ni entiende del Sol y la Luna y las estrellas mejor que yo. Ah, y tengo mucho aguante para beber vino.

Sí, el otro día se lo demostré a ese amigo, Vilhelm, en el festival de vino español, promocionado por el Instituto español de exportaciones. Fue todo un acontecimiento extraordinario por la cantidad de vinos y el interés general que despertó en la población danesa esta cata de vinos, que para mí fue única como ninguna. Seguramente aquí nunca se había visto antes una cata de vinos tan amplia y con tantos estantes y tantas variaciones de vinos y de formas.

Yo creo que sorprendió a todos por el buen entendimiento entre todas las bodegas e importadores de vino.

En medio de todo ese ajetreo y fulgor de la fiesta, en ese momento Vilhelm vino hacia mí y me dijo: "A pesar de que este zumo, o esta uva con graduación de alcohol, me hace olvidar más de lo que quiero, quiero decirte que me alegro de tu compañía".

5

Pero ahora vuelvo con Orlando a ese su Paraíso en el infierno. Te temo en la madrugada, me dan pánico tus respuestas. Pero te necesito para ser yo misma. Tú eres el camino que ha de guiar mis pasos. Vuelve a tu paraíso eterno mientras yo regresaré a visitar el cielo en la Tierra. Nunca jamás pensé que podría llorar lágrimas de

ríos por ti, pero fíjate, nunca tampoco pensé que ahora alguien pudiera interesarse así por mí. Alguien que al parecer ha pasado por un trauma ante una separación. Muchas veces hemos sufrido, y en el amor nunca se sabe quién ha sufrido más. Es una relación en que uno es el verdugo y otro es la víctima o, a veces, es viceversa. "Yo soy la herida y el puñal..." decía Baudelaire.

Por eso, ahora sólo quiero mirarte a los ojos y decirte la verdad. Ya no me importa decirte la verdad desnuda, pura e inocente. Es una realidad tan íntima que todos tenemos que encontrar estando con nosotros mismos. Porque uno es el idólatra y otro es el ídolo, pero aquello que los vincula o los enfrenta es lo mismo. Por eso, en el amor, no se sabe ni se sabrá quién ha sufrido más.

A mí ya no me importa tener que olvidar. No me importa arrastrar tu recuerdo por ahí, o destruirte y no decir de ti una sola palabra ni nombrarte más. Por eso, Orlando, sólo por eso, estoy escribiendo estas últimas palabras y este diario que espero dedicarte a ti. Pero tras el cual no volveré a mencionarte más.

Es impresionante como la mente del hombre puede cambiar en unos minutos, el concepto que se tenía de un mecanismo, de una aparente realidad. Como Galileo Galilei en su tiempo —“Eppur si muove”, “Y sin embargo se mueve”— o Newton en el suyo. No nos extrañe que estemos ahora viviendo más de expectativas racionales y de sueños que de realidades.

Pero también de sueños podemos vivir, y sería una forma de concepto de verdad originaria, por lo que puede ser de desvelación o de iluminación de la verdad también.

Para que veamos la relatividad de las cosas podemos citar a Einstein y a su teoría de la relatividad: Si nos montamos en una nave que se acelere a la velocidad de la luz lograremos retrasar el final de este sueño. Otra posibilidad es que yo me vaya a vivir a una estrella de neutrones, un lugar donde la masa está tan concentrada que una bolita diminuta del tamaño de una canica pesa más de novecientas mil toneladas, y entonces este sueño sería eterno.

Hoy día, no podemos decir que la aspiración humana más trascendente es la más fatal, o que el Eros es una desviación y no más, hoy día no está claro nada, porque todo está fragmentado. El tiempo mismo ha dejado de ser sucesivo. Me preocupa el medio en que nos desenvolvemos, claro está, eso es lo que me preocupa, el tiempo. Porque Antígona es una heroína de la Antigüedad clásica, y en ella me inspiro muchas veces y ella lo que ofrece es un medio natural, un medio mediante la naturaleza y la historia, cual es su rebeldía primaveral.

En las noches oscuras como ésta veo el viento meciéndose, como si girara el mundo en torno de su tristeza. Sin embargo, mi alma te pertenece a ti, Orlando, pero te engaño, te engaño, para poder salir de esta prisión, balanceándome en las cortinas que inundan la cama, para encontrar un sexo primerizo. Quizás tú me habías liberado anteriormente del peso de esta experiencia. O quizás ponía el corazón

al descubierto, como lo hacen los árboles que se desnudan de hojas.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, vi dorarse las hayas, y desrizarse los helechos tiernos; vi la hoz de la Luna y después su círculo. Vi cómo las Lunas nacen y los soles se ponen; cómo la primavera sigue al invierno y el otoño al verano; cómo la noche sucede al día y el día a la noche; cómo hay primero una tormenta y luego buen tiempo; cómo las cosas siguen como están por dos o tres siglos.

Pero sí, algo cambió, podemos salvar a unos granos más de polvo y algunas telarañas que una puede barrer en media hora; hechos que caben en la breve fórmula: «Pasó el tiempo» y no sucedió nada.

Por desgracia, el tiempo que hace medrar y decaer animales y plantas con pasmosa puntualidad, tiene un efecto menos simple sobre la mente humana. La mente humana, por su parte, opera con igual irregularidad sobre la sustancia del tiempo.

Una hora, una vez instalada en la mente humana, puede abarcar cincuenta o cien veces su tiempo cronométrico. Inversamente, una hora puede corresponder a un segundo en el tiempo mental.

Ese maravilloso desacuerdo del tiempo del reloj con el tiempo del alma no se conoce lo bastante y merecería una profunda investigación.

7

Cuando un hombre o una mujer ha alcanzado los treinta y siete años, como los he alcanzado yo, el tiempo que se dedica a pensar se hace enormemente largo; y el tiempo que se dedica a actuar, enormemente breve.

Así Orlando también me daba sus órdenes o despachaba en un santiamén sus menesteres en su casa o en su trabajo; pero en cuanto estaba solo bajo la encina, los segundos se le inflaban y se inflaban como si nunca fueran a caer. Iban llenándose además de objetos

incoherentes.

Y se quedaba todo el día pensando. Igualmente me pasa ahora a mí.

En resumen, la tarea de estimar la longitud de la vida humana (no nos atrevemos a hablar de los animales) excede nuestra capacidad, pues en cuanto decimos que dura siglos, nos recuerda que dura menos que la caída del pétalo de una rosa.

De las dos fuerzas que alternativamente, y lo que es más confuso aún, simultáneamente, gobiernan nuestro pobre cerebro —la brevedad y la duración—, una, la divinidad con pies de elefante, mandaba a veces en Orlando; otras veces, la divinidad con alas de mosca. La vida le parecía prodigiosamente larga como me parece ahora a mí. Sin embargo, pasaba como un rayo.

Por eso, al final, sus ganas y sus deseos de morir y no querer prolongar más su sufrimiento.

Pero hasta en las etapas más infinitas, cuando se hinchaban más los instantes y le parecía errar solo, por desiertos de enorme eternidad, el tiempo le faltaba para aplanar y descifrar los turbios pergaminos y efemérides planetarias que treinta años entre los hombres y las mujeres habían enrollado y apretado a su corazón y su cerebro.

Aún estaba perplejo con la encina cuando había producido sus hojas y

las había dispersado en el suelo unas doce veces. Decir la encina para él significaba lo mismo que decir el Amor.

¡Otra metáfora! Lo que muestra el desorden y el laberinto de su estado mental y explica por qué razón la encina floreció y se marchitó tantas veces antes que Orlando llegara a definir el Amor.

8

Sus ojos son estrellas puras y el roce de sus dedos hiela

hasta la médula. Así es Vilhelm conmigo. Altas murallas del

pensamiento, costumbres que parecían tan perdurables como la piedra, se habían derrumbado como sombras al mero contacto de otro espíritu y habían revelado un cielo desnudo y estrellas nuevas. Lo cierto es que él permaneció fiel a mí desde que nos conocimos. Su conversación, los cafés a los que habíamos ido. Fuimos a ver en esta última ocasión la película estrenada de Diana, la Princesa de Gales. Su muerte a todo el mundo consternó. En ese momento estaba Marte en Escorpio en cuadratura con Urano en Acuario.

Él no tiene grandes conocimientos de astrología, pero se debe al mundo del periodismo, escribe en un periódico de Copenhague. Dice que le atraen las mujeres como yo, mayores que él. Aunque me dice que yo no parezco mayor por mi hermoso pelo caído lacio y tan rubio blanquecino.

Me acerqué a la ventana y a pesar del frío no pude menos que abrirla. Me asomé al aire húmedo de la noche. Oí el hielo de la noche resbalar del tejado y aplastarse en el suelo. ¡Qué fantasmagoría es la mente y qué depósito de cosas incompatibles!

Un minuto, reniego de mi ser y de esta pompa y anhelo una exaltación ascética, el minuto siguiente me conmueve el olor de algún camino viejo en el jardín y me hace llorar el canto del tordo.

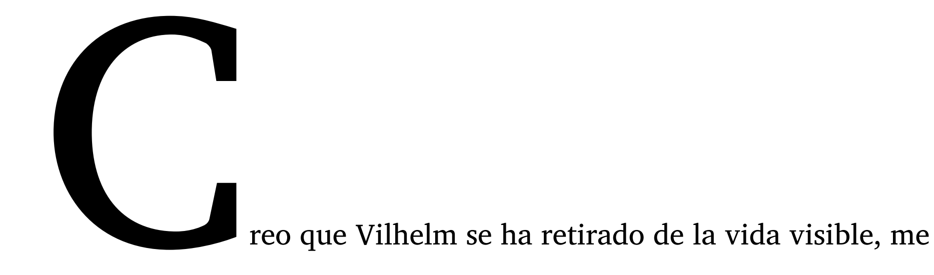
Desconcertada como siempre por esa multitud de cosas inexplicables, que nos traen su mensaje sin dar indicio de su verdadero sentido, eché

la última ojeada a la ventana y me fui a acostar.

Hoy, a la mañana siguiente retomando el hilo de mis pensamientos estaba a ratos anulando una frase con desesperación profunda, a ratos insertando una frase con alto éxtasis, cuando oscureció la hoja una sombra.

Como la ventana de mi habitación daba al más interior de todos los patios, yo no conocía a nadie que pasaba por allí y era yo misma legalmente desconocida.

Primero me sorprendió la sombra, luego me indignó, luego cuando vi que la proyectaba una hoja otoñal tardía, me regocijé.



Creo que Vilhelm se ha retirado de la vida visible, me ha abandonado enfundado en sus vaqueros y en su camisa negra de seda. No sé por qué tiene una sonrisa inextricable, con una expresión que se apodera totalmente de mí.

Siempre he sido una mujer independiente, nunca he precisado sentirme protegida. Pero sentirse independiente, a veces puede ser equivalente a sentirse sola. Pero la soledad no me asusta, me ayuda a pensar. Es precisamente la soledad lo que me permite imaginar, crear, idear. Más aún la preciso para no quedarme estancada.

Pero otras veces, me sucede lo contrario, la soledad me asusta, me agranda los recuerdos, los vuelve crueles. Una mujer necesita compañía. Nunca he caído bien a nadie, quizá porque soy muy impulsiva y me gusta decir lo que pienso. Una mujer que dice lo que piensa, sin decir las cosas como si fueran etiquetas dichas toda la vida.

Huía de estas mujeres que sólo decían cosas convenientes, aprendidas de la cultura, decían trivialidades. Casi siempre he huido de las madres, estas madres celosas y posesivas, que sólo dicen cosas convenientes. Me ha costado mucho adentrarme en el mundo de los hombres, pero es el único mundo en el que me he permitido sostenerme a mí misma. En el que me he sentido bien y útil.

También cansa sentirse vacía. Pero cuando Vilhelm esboza su sonrisa, su sonrisa permanente continúa aquí conmigo.

Tal vez Orlando haya sido mi verdadero amor, en el sentido de un amor completo, verdadero, correspondido y profundo. Pero algo me dice que el verdadero amor es todavía algo más allá de la mera presencia del objeto amado. Quizás aún esté a tiempo de llenar ese vacío. También en los amores correspondidos cabe la posibilidad de sentirse solo. Nunca nada ni nadie alcanza la felicidad completa.

En ese momento yo ya no recuerdo mis particulares cualidades, ni mi carácter, ni los rasgos de mi persona, mis ojos, mi nariz o mi boca. En estos momentos, yo no soy yo, he sido como abducida por otra persona. Es la propia identidad. No forma parte ya de mí.

10

Pierdo a mis amigos pero Vilhelm sigue ahí. Ahora me he citado con él en una cena en un Vinobar. Es la primera vez que nos citamos por la noche.

Era una hermosa noche de principios de noviembre. Miles de estrellas mezcladas con la claridad de una Luna nueva, a su vez reforzada por los faroles, daban una luz que favorecía infinitamente el rostro de Vilhelm y el mío. Una gota de plata de Luna lo animaba y definía su rostro cuando estaba a punto de disolverse. A través de esa pátina de plata le miré —para mí él era un hombre— con esperanza, con imploración, con temblor, con miedo. Levantó su mirada hacia mí y

aceptó mi brazo. Y luego le tendí la mano que él recogió para pasear juntos los dos, en esa noche que bruñía a oscuridad.

Ahora me iba de bares con Vilhelm pero seguía con la tristeza de Orlando. Seguía con su recuerdo en mi mente. A él también le gustaban los vinos caros, bueno a veces también le gustaba el vino barato. Porque él sabía que el secreto del vino estaba en su humildad, que casi siempre procedía de viñas de denominación de origen desconocida, aunque sabía que la innovación era fundamental y las modernas técnicas con que se hace hoy día.

Vilhelm me había llamado esta vez. "Te veo bella y hermosa", se para en seco y me dice él. "Porque sólo con la melancolía me siento así", le respondo. Nos aguardamos, nos esperamos y seguimos nuestro camino. "He pensado en ti estos días", me dice a continuación. Parece que me he convertido en su obsesión más primigenia. Llegamos al restaurante elegido para esta ocasión y ocupamos nuestros asientos.

11

Hace una noche clareada y de Luna nueva; es ya

medianoche, un poco tarde si hemos de trabajar mañana. El

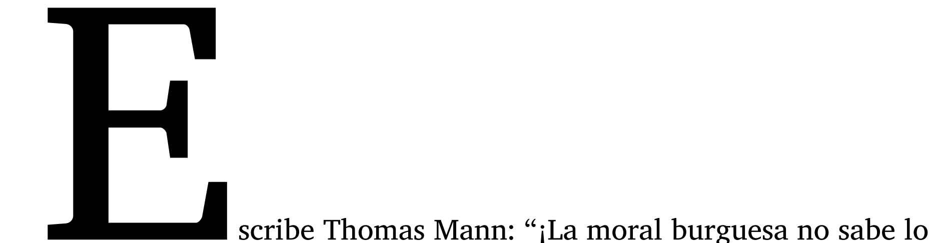
pensamiento vuelve a hundirse en las profundidades, en el mismo lugar donde antes hizo su aparición leves ondas de contentamiento y satisfacción. Vilhelm me lleva cogida de su mano.

"Géminis" de ascendente, me dice que es, Géminis, además de Piscis, que es su signo solar. Oh, dios mío, tranquilidad, eso es lo que quiere él ahora. Seguro que ha vivido en los últimos años bastantes vaivenes sentimentales. Júpiter estuvo ya en Géminis, supongo que ahora verá las cosas de un modo mejor. Es un momento importante de asociaciones, de intercambios de interés. A Géminis le gusta tanto hablar.

Brillantes, duras, positivas, las estrellas miraban ese panorama disciplinado y sereno, desde un cielo sin nubes. En la suma claridad del aire se percibía la arista de cada techo, el sombrero de cada chimenea; hasta las piedras del pavimento se distinguían una de otra, y Vilhelm comparó sin querer el orden de ese espectáculo con el de los edificios agazapados y confusos que había sido la ciudad de Copenhague en su pasado más ilustre y marítimo. Estábamos en Nyhavn paseando por los canales más hermosos de la ciudad.

Aprovechamos para tomar un chocolate caliente y un café en uno de los bares-cafés del canal. Las estrellas se duplicaban en hondos baches de agua estancada en medio de la calle. En noches como éstas, el entrevero impenetrable de los barcos anclados en el muelle del canal se perfilaba contra el cielo complejo y retorcido.

12



scribe Thomas Mann: “¡La moral burguesa no sabe lo que quiere!”, exclama Naphta y más adelante, en un tono apocalíptico, dictamina: “No son la liberación y expansión del yo lo que constituye el secreto y la exigencia de nuestro tiempo. Lo que necesita, lo que está pidiendo, lo que tendrá es… el terror”.

Y Krugman decía lo siguiente: “…proceder a recortes: no porque los mercados lo estén exigiendo, no porque eso vaya a tener algún impacto apreciable en las perspectivas fiscales a largo plazo, sino porque piensan que, aun si no deberían hacerlo, los mercados podrían llegar a exigirlo en el futuro. Una locura manifiesta que adopta la pose de la sabiduría. Increíble.”

Todo esto es lo que estaba pasando ahora en el mundo. Y por mucho que lo perfilemos, estamos extremando las consecuencias.

La naturaleza para el hombre es inmensa, inabarcable, infinita, y se la ve en sus máximos momentos de furia esplendorosa: en la tempestad, en el rayo, en la “montaña abrupta”, en “el mar insondable”, en “los abismos sin fin”, en “las profundas simas de la tierra y el cielo”.

Y para el hombre romántico, que con su razón va sometiendo las fuerzas de la naturaleza como jamás se había hecho, es hablar poéticamente de la naturaleza con terror, casi con espanto.

Pero la naturaleza era para este hombre romántico sólo espejo, donde podía ver reflejada su alma; su alma, de quien la razón aplicada a la ciencia nada le decía; su alma, encargada al conocimiento de su naciente ciencia llamada Psicología, “independizada de la Metafísica”.

Entre el yo y el afuera de la naturaleza se interpone lo que llamamos “alma”. El alma se ha enlazado preferentemente con una zona del universo y ha estado relacionada con las otras cosas que en el hombre no son alma.

Atrayente sería ir descubriendo el alma bajo aquellas formas que no son alma. Descubrir esas razones del corazón, que el corazón mismo ha encontrado, aprovechando su soledad y abandono.

13

El hombre romántico, cuya razón sometía al universo para detener el rayo y descomponer el agua, se encontraba al mismo tiempo bajo el encanto de la inmensidad de los mares o de lo fulminante de la chispa eléctrica, como bajo un poder divino. Era su propia alma incomprendida, abandonada de la luz de la razón, que se dirigía por una irresistible fuerza de compensación hacia esa naturaleza en lo que tiene de inabarcable por el hombre. Los fenómenos naturales pueden ser reducidos por el hombre a fórmulas matemáticas, pero de esas fórmulas trasciende algo innominable, irreductible que deja al hombre asombrado ante el misterio de su presencia, ante lo impresionante de su belleza.

El invierno en la casa de Copenhague era duro, todo ese tiempo parecía que patinaba sobre insondables abismos de aire. Tan azul era el hielo y tan vidrioso era y tan liso que resbalaba hacia el camino más y más ligero. Ahora las ventanas se iluminaban y ardían como un escudo de muchos colores en el incipiente Sol vespertino de la tarde, ahora todo el ocaso parecía una ventana de oro con tropas de ángeles ascendiendo y bajando infinitamente.

Al declinar el sol, todas las cúpulas, torrecillas y pináculos de las casitas de la urbanización, se erguían negros como tinta contra las furiosas nubes coloradas del poniente.

Como para darme seguridad me sentía más cariñosa que de costumbre. Sentía la vida más deliciosa. Las gaviotas blancas giraban alrededor, porque el mar se encontraba cerca a unos dos o tres kilómetros y cortando en el aire con las alas las mismas curvas que cortaban en el hielo los patines y los zapatos de los transeúntes. Instantáneamente pensé que era como el invierno, y el verde y helado césped, y las aguas que se congelan, y apretando con más fuerza en una media luna, de suerte las gaviotas y los corvejones viraron también.

Y al detenerse las aguas del invierno, al fin, sin aliento, dije, un poco anhelante, que Vilhelm era como yo, era como un niño, y que pensé que pronto sería Navidad con un millón de velas.

Porque en las mejillas resplandecientes de Vilhelm, sus rizos oscuros, su camisa negra, parecía irradiar una luz propia, desde una lámpara interior encendida. Tras aquella cena todo había cambiado entre nosotros.

14

Todo el color, salvo el rojo de las mejillas de Vilhelm,

se desvaneció. Vino la noche.

Al desaparecer la anaranjada luz del poniente le sucedió el asombroso brillo blanco de las antorchas, faroles, y otros inventos que alumbraban y que operaron la más extraña transformación.

Como una encantación que subiera de todos los lados, del viento de la noche y de la luna, rodó la divina melodía de unas palabras para no humillarme más, dejaré las palabras donde están sepultadas, no muertas, más bien embalsamadas, tan fresco es su color, tan puro su aliento, y gritaré que mis hazañas eran polvo y cenizas, para que estas palabras y este hombre, mi nuevo Orlando, mi Vilhelm, sean inmortales.

La humedad hirió adentro. Sentí frío en el corazón y humedad en el alma. En el desesperado esfuerzo de abrigar de algún modo mis sentimientos, agoté todos los subterfugios. El amor, el nacimiento y la muerte fueron arropados en bellas frases. Los sexos, el hombre y la mujer, se distanciaron más y más. Por ambas partes se perfilaron la disimulación y el rodeo.

Al desenfreno externo de la hiedra y de la siempreviva en tierra húmeda, correspondió adentro otra fecundidad. La vida normal de la mujer era una sucesión de partos. Se casaba, y tenía hijos, pero nada había sido normal en mí, mis partos eran como los de Minerva, salían de la cabeza más que de mí. No sabía realmente cuál era mi identidad, pasé mucha parte de mi vida disimulando.

También Orlando había sido un hombre melancólico, enamorado de la muerte, y después amoroso y exuberante; y después travieso y burlón; lo tenía todo para enamorarme, y a veces había ensayado en la ciencia y en la astrología de un modo que aprendí mucho.

Pero a través de todos esos cambios, yo no había cambiado.

Siempre tuve el mismo carácter pensativo y reconcentrado, idéntico amor por la naturaleza, idéntica pasión por el campo y las estaciones, y por la ciudad cosmopolita, de última vanguardia como Copenhague.

15

Sigo aquí mirando, sigo mirando el pasto y el cielo.

Esforzándome por adivinar lo que diría de esas cosas un astrólogo de veras. Es invierno y hace frío. Tengo mucho en que pensar. Esas comparaciones entre si la fama estorba y aprieta y la oscuridad tejía una bruma alrededor del hombre. La oscuridad es amplia, sombría y libre. La oscuridad deja que el alma siga su camino.

Puede buscar la verdad y decirla; sólo así el hombre es libre, sólo así es verídico, y está en paz. Así se apaciguaron todos mis pensamientos, bajo la encina de este invierno, cuyas duras raíces sobresalientes me parecían más bien cómodas. Llevo largo tiempo sumida en hondas reflexiones. Nunca quise la fama, siempre preferí la oscuridad, pero llega un momento de tanta oscuridad que todo se convierte en claridad, sin buscarlo, sólo por reflexión y pura reverberación de la luz interior. En ese momento todo es luz.

Un día uno se maravilla con una luz, como a veces se maravilla un idiota. Un día ves la luz del Sol, ¡oh, el Sol!, y eso es lo que te maravilla, y ahí te has quedado. Y sólo la sonrisa queda, suele llamársele bobería. Y así tú, Orlando, me encantaste a mí. Y en aquel momento estabas necesitado, porque eran muchas las humillaciones. La cantidad de rigideces que ponían, los horarios, las comidas, cosas que para mí ya estaban traspasadas y que no necesitaba vivir con ellas, pero tú sí.

Tú tienes una sonrisa, una ilusión, pero los idiotas también la tienen; es igual que como brotan las palabras de sus labios, como si entonces naciera alguna palabra, como las palabras del idiota nacen. Son blancas palabras sin ninguna expresión, puras palabras que muestran lo que está a la vista de todos. Para ti yo fui eso, algo idiota al irme contigo, pero tú también lo fuiste, al querer confiar sólo en una maravilla.

Mas visto así el idiota es un universal en el hombre, eso sucede a todos los nacidos. Hay que actuar, hablar, renunciando a seguir naciendo, como si se hubiera encontrado la fijeza del ser propio. Y los que cambian el ir naciendo por el ir ganando. Y habrá quien no, quien no pueda elegir. Y el idiota se queda así desposeído por alguien, que se ha adueñado de su ser, como una cosa blanca, en estado de extrema pasividad, como un campo libre donde no puede nacer ninguna yerba, allí un campo de reino donde nos hemos ido a vivir, aquí en Copenhague. Aquí me he quedado sin palabras, sin la multiplicidad

del espíritu, sino en esa pobreza, si acaso como prenda sólo me han dejado una palabra, una sola, que nace del corazón sin secretos, un abismo blanco. Como si llevase una palabra que he guardado, y sin ofrecerla, en el hueco de mis manos entreabiertas.

16

Me quedé mirando por la ventana. Había una inquietud en el aire que me impedía acostarme, la neblina blanca cubría parte de un pequeño estanque en el césped de la casa, porque

era una noche helada de pleno invierno. Brillantes, duras, positivas, las estrellas miraban ese panorama disciplinado y sereno, desde un cielo sin nubes. Oí el grito lejano de algunos transeúntes y el rodar de un coche sobre las piedras. Percibí entonces una nubecita sobre la cúpula de la torrecilla de la casa más próxima. Y algunos apresurados jirones de nubes entoldaron toda la torre, dilatándose y ensombreciéndose con extraordinaria rapidez. Pero la nube alcanzó el norte y cubrió las alturas.

Con la última nube, la oscuridad era completa. La pesada tiniebla turbulenta ocultó la casa. Todo era sombra; todo era duda; todo era confusión.

La enorme nube que pendía no sólo sobre mi casa, sino sobre todo el barrio residencial, se detuvo, porque la empujaban de un lado a otro ráfagas tempestuosas, lo suficiente para producir efectos extraordinarios en aquellos que vivían bajo su sombra.

El amor quizá sea la más inmediata respuesta al deseo femenino pero el amor no debe ser confundido con el deseo masculino.

Llovió entonces, pero sólo en aguaceros caprichosos, que volvían a empezar cuando apenas concluían.

Brillaba el sol, naturalmente, pero lo embozaban tanto las nubes en una atmósfera tan saturada de agua, que sus rayos eran descoloridos;

y púrpuras anaranjados y rojos de carácter opaco reemplazaron los paisajes inequívocos de los canales del puerto de Copenhague.

Habíamos quedado citados en la Nueva Ópera de Copenhague, Vilhelm y yo, para un concierto de música clásica contemporánea. Con obras del compositor norteamericano Aaron Copland, y del ruso Sergei Prokofiev. Así como alguna pieza de Tchaikovsky y de Charles Ives.

Es una música en general turbulenta, a veces optimista, a veces lírica y melancólica, y sobre todo experimental.

17

Bajo este dosel plateado del marco de la ópera salimos,

Vilhelm y yo, bajo el amoratado y huraño cielo, y el blanco de la nieve sucio en el ángulo de las calles. Pero, y eso es lo peor, la humedad empezó a meterse dentro de nuestros abrigos al salir y nos dirigimos rápidamente hacia el coche de Vilhelm; la humedad, el enemigo más insidioso, porque si al Sol lo podemos excluir con persianas y a la helada con un buen fuego, la humedad penetra, la humedad es callada, ubicua, invisible.

Nunca terminé de adaptarme del todo al clima nórdico de estos países. La humedad hincha la madera, enmohece el hervidor, herrumbra el hierro, pudre la piedra. Tan lento es el proceso, que ni siquiera sospechamos el mal hasta que al levantar una cómoda se nos cae a pedazos de las manos.

Así, de un modo imperceptible y furtivo, así los efectos de este clima

habían penetrado en mí. El concierto había sido a media mañana, y ahora nos disponíamos a ir a cenar a una hora discreta, todavía no de noche. Pero antes Vilhelm se paró cerca de Nyhavn para divisar los canales. “¿Qué te pasa?” Me preguntó: “Te veo intranquila”. La humedad hirió adentro. Sentí frío en el corazón y humedad en el alma. "No sé, siento frío", le dije. Aparcó el coche a un lado y acercó su cara hacia mí e hizo lo que hacía mucho tiempo yo había esperado o deseado de un hombre como él, acercó sus labios a los míos y sentí el tacto fino de sus labios y su brazo que se ceñía en mi cintura.

"¿Por qué has tardado tanto en besarme?", le pregunté. Pero me calmó con un nuevo beso y otro beso en la mejilla. "Porque impones mucho respeto a mi persona", balbució en torno a mi oído. Pero no mostró la menor duda de que lo deseaba. Los dos nos relajamos en el interior del coche, a continuación, tras apretar su mano con la mía, él volvió al volante y encendió el motor del coche y nos dirigimos al lugar de nuestro restaurante.

"Me siento feliz", le digo, cuando aparcamos. Él entonces me dice: "He cazado una princesa de los Astros", una "princesa babilónica".

Entonces nos reímos, nos cogemos de la mano y pasamos juntos al interior del restaurante donde tenemos una mesa reservada.

18

No se explica el paisaje, en tan breve tiempo, de la intoxicación al gusto, sin admitir que esa misteriosa mixtura que llamamos sociedad no es buena o mala en absoluto, sino que encierra un espíritu volátil y poderoso, que produce embriaguez. Uno juzga encantador este paisaje, pero tiene mucho que ver con la náusea o la embriaguez con que juzgamos. A veces una hora de silencio es la más exquisita, el ingenio puede ser aburrido a más no poder, pero exquisito en su esperar.

Estoy reposada sobre la cama y Vilhelm se ha despertado conmigo al

otro día. Quién dará crédito a esta locura, me pregunto. En algo posiblemente hay que creer, y Vilhelm no creía en las divinidades comunes. Solo podemos creer enteramente en lo que no podemos ver. Su instinto así es más seguro. Es como una especie de visión su sólo pensamiento, lo que lo enardecía, como a modo de fe, hasta que lo creía invisible.

Vilhelm entró en mi cuerpo con algo de temor. Ocupó su lugar con una gran reverencia silenciosa. El tacto de su lengua se hundió con la mía y me llevó al éxtasis entre estas sábanas blancas y brillantes. Me besaba como no me había besado nunca nadie. Y me abrazaba. Nos quedamos así abrazados mucho tiempo. Pero el hecho es que casi no me dijo nada, para ser un Géminis-Piscis como era. Se trata de un curioso rasgo que él comparte.

Todo es una ilusión ahora, ahora ha despertado y toca la realidad. Arrulla como el tórtolo a la hembra, me provoca gemidos. Me muerde con sus labios en un pezón rosado que queda descubierto de mi pecho bajo la sábana. Creíamos ser felices y ser profundos. El seguía con su ilusión de escuchar los más brillantes epigramas de mi cuerpo. Crucé mi brazo sobre su cuerpo y le acariciaba la espalda. Y volvía a sentir el tacto de su lengua en mi pecho, en mis ojos, mis párpados, mi lengua, manteniendo la unión de nuestros cuerpos. Luego depositó en mí otro beso en la frente, era como si abriera los ojos después de un lindo sueño. En ese momento yo le dije: "Cásate conmigo". Y él soltó una carcajada con los vapores de un delicioso vino que se había servido,

un vino de Gewürztraminer. La carcajada entonces pareció que se hizo perpetua.

Un hombre creador de ilusiones es a un tiempo fiera y diluvio. Las ilusiones son al alma lo que la atmósfera es a la tierra. Destruid ese tierno aire y muere la planta, palidece el color. La tierra que pisamos es un rescoldo.

"Soy un viajero que está acostumbrado a moverse", me dice. "Dicen que el amor que nunca se acaba es el amor a distancia", le digo. En ese momento, nos contemplamos absortos, únicamente con la imperiosa necesidad de mirarnos, de hablar callando, de respirar el mismo aire.

"¿Qué planes podemos hacer para el futuro?" Entonces él me responde: "Esta es la pregunta que yo me haría para responderte a la otra que tú me has hecho. Si tenemos planes, tenemos una vida juntos". "Quizás sea mejor que vivamos en lugares alternativos", me sigue diciendo él. "No, eso es muy agotador", le contesto.

19

La verdad nos deshace. La vida es sueño. El despertar nos mata. Hay muchas cosas que parece que se oponen a nuestro sueño.

"En el fondo, estoy convencido de que el amor para que pueda existir tiene que ser entre dos almas", me dice Vilhelm con un giro de sorpresa e instintivamente. "En el amor lo que importa es el presente", le digo. "Y saber que has cerrado una página de tu pasado. Y quizás por eso lo que importa es el futuro a partir de ahí".

"Siempre llega el momento del adiós o quizás del hasta luego".

La repetición que no evolucionaba cansaba, agotaba, deterioraba. El olvido de que el tiempo en la vida de una mujer, sobre todo en mi vida, era particularmente irreversible, y que se adaptaba menos que el del hombre a la economía repetitiva, acumulativa, entrópica, en gran parte no evolutiva, que anulaba nuestro entorno actual, esto era lo

que yo sentía en ese momento.

Al oír hablar de tiempo y olvido, me oprimió una dimensión que era distinta en mi cuerpo que en el de él. Una necesidad de evolución, de adaptación, pero también un dejarse ir que es evolutivo.

20

La concepción de la edad era la relación de la edad que yo tenía con el tiempo del universo. Los humanos poseemos, además de una vida vegetativa, una conciencia. Tener un año más, pensaba, significaba pues dar un paso más en el camino de nuestro devenir. Sufrir el paso del tiempo como un envejecimiento llevaba a olvidar la ventaja también de nacer mujer, ventaja que nos exige, sin duda, una elaboración espiritual compleja, múltiple.

Ráfagas de olvido calmarían la agitación de nuestros cuerpos y nos

envolvió cierta nostalgia ahora. Quizá sea solamente el preludio de una separación en el repetir de otra noche con él. La apasionada egolatría de la juventud junto a la cáscara del caracol contra una piedra. Y nosotros éramos conscientes de nuestro tiempo limitado. Mientras soñaba en una eternidad inmutable que no había cambiado.

Vilhelm había puesto los ojos en la palma yacente de mi mano el día anterior, hasta que la luz nacía otra vez, iluminándonos con la primera aurora.

El futuro puede ser todavía como una larva sedienta. Porque había una fuerte carga de emotividad y esa emotividad era precisamente lo más fluido de este sueño. El futuro deja por desear aún, pero esto era lo que mantenía el fuego de la vida, la emoción del deseo. Y aún no había desaparecido la ternura que él me inspiraba. Los mitos también surgían de los deseos.

Así Vilhelm y yo atravesábamos diez segundos de oscuridad; luego medio minuto de luz. Así nació en mí un estado de alma rarísimo. Al desvanecerse la luz, me sentía invadida por una deliciosa dulzura.

21

La destrucción no ha conseguido la trascendencia, sino que imantada vuelve a su punto de origen y allí devora el propio sujeto. Es un narciso moderno. El amor se vuelve sobre sí y es pasión de sí, hambre viciada, que no acepta más alimento que aquel que tiene a mano. El vuelo ascensional cae, se convierte en "eterno retorno", símbolo bien claro de una avidez y de un amor rebeldes ante el objeto.

La idea, sin embargo, del "eterno retorno" no es lo mismo que esta economía repetitiva, si lo estudias a fondo y miras la filosofía oriental, o los mismos escritos de Nietzsche.

El filósofo e historiador de las religiones, Mircea Eliade, escribió "*El mito del eterno retorno*", aplicando el concepto a lo que ve como una creencia religiosa universal en la capacidad de volver a la edad mítica (edad de oro) a través del mito y el rito.

Pero este proceso, insisto, no coincide con la teoría del eterno retorno concebido como un proceso matemáticamente inevitable. El tiempo que es repetitivo termina cansando, por lo mismo, y hasta agotando.

Es un tiempo en una economía repetitiva, acumulativa, entrópica, en gran parte no evolutiva, que anula nuestro entorno actual.

En el plano de la vida, de la repetición casi fatal en el plano de la cultura, y de su encuentro en la organización o desorganización sociales, se produce también una educación repetitiva, nada que ver con una educación holística e integral.

En los sistemas filosóficos, como los orientales, o en la filosofía de la historia de autores occidentales como Giambattista Vico, se encuentra la idea de ciclos que se van perfeccionando, retornando eternamente hasta alcanzar la forma perfecta tras muchas fases erróneas.

Al mismo tiempo, citando a Freud, también él mismo se alejará de un concepto repetitivo, acumulativo, como ya diagnosticó Freud al hablar del privilegio cultural de la pulsión de muerte.

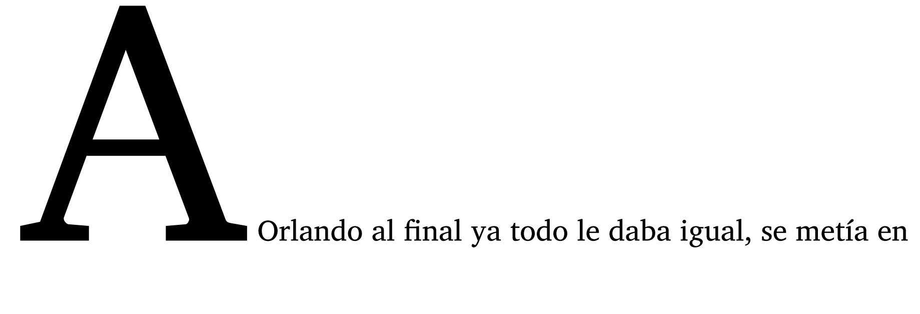
Como sería la vida arrancada de sus raíces corporales, de su relación con el entorno, y con el tiempo del universo o de la naturaleza.

En el otro lado de enfrente viven muchas mujeres paquistaníes todas juntas; salen juntas en el coche. Posiblemente son hermanas, primas o están casadas, pueden pagar el alto alquiler gracias a que permanecen juntas. Aquí la vida es diferente, no hay esa cosa celosa por la propiedad. El otro día una de ellas me regaló un ramo de tulipanes de colores preciosos, rojos amarillos y rosáceos púrpuras, de su jardín y me invitó a pasar. Le di las gracias, le dije que eran unas flores tan bonitas como no había visto nunca y que arrebataban el corazón.

Normalmente las mujeres paquistaníes no suelen mezclarse con

mujeres de otras religiones o de otras razas. En mi caso, es que me vieron que llevaba un velo sobre la cabeza, porque aquel día hacía frío y no encontraba un gorro de lana. Por eso me puse como una túnica que me recogía la cabeza. Me dijeron que estaban contentas de tenerme como vecina. Ellas iban siempre juntas a todos los sitios. Se me ofrecieron por si necesitaba algo. Me habían visto siempre sola, quisieron interesarse por mí. De todas maneras no quise entrar en su casa pero agradecí mucho las flores.

23



A Orlando al final ya todo le daba igual, se metía en su despacho, agarraba una botella de vino o encendía una pipa. No

dejaba de fumar, por más que le advertía que era negativo para su salud. El caso es que él decía que quería olvidarse de todo. Su antiguo orgullo había terminado hecho pedazos. En realidad, su signo Cáncer había entrado en el mundo del sub-mundo con Plutón. Creo que no soportó enfrentarse a él, a su realidad oscura. Me dijo que todo lo que ambicionaba era morirse. Debió sufrir mucho dolor últimamente con su enfermedad. Ya no quería conducir en coche. Le hacía feliz la idea de acostarse conmigo y me decía que mis pechos parecían que estaban operados porque se conservaban tersos. Ponía su rostro pegado a mis pechos y empezaba a lamerlos. Me decía que quería volver a la posición o estado fetal, dentro del útero materno. Me dijo que le ayudara. Él quería correrse como un niño-hombre. Tuve que comprarle una o dos veces la viagra. Quería que yo le lamiese a él o que me pusiese yo en posición fecal o como en la posición del perrito. Me quería violar, me lo pedía así violentamente. Creo que su cabeza ya no respondía bien. Me pedía que hiciéramos el amor. Y entonces nos encerrábamos en una especie de bañera redonda, y él se ponía sentado con las piernas cruzadas frente a mí y yo me sentaba encima de él. Él disfrutaba como un niño de esos baños.

En esos momentos, imágenes, metáforas extremas y extravagantes se entrelazaban en su mente. Volvía la persecución en su mente insaciable de todos los ciclos de los astros. Y me hacía que confluyera con él. Quería que yo aprendiera y supiera lo mismo que él. Todas sus imágenes de aquel tiempo querían adecuarse a sus sentidos y estaban derivadas de cosas que le habían gustado cuando era chico. Pero si sus

sentidos eran simples, eran también muy fuertes. Inútil detenerse, por consiguiente, y extraer las razones de las cosas...

Me dijo entonces que cuando muriese yo me echase un nuevo amante joven, porque una cosa era cierta en la vida y él había también escuchado decir a alguien: "Todo gran hombre ha de estar primero con una mujer mucho mayor que él". Y, por eso, me recomendaba que me buscase un nuevo amante más joven. Sin duda, alguien que se correspondiese con la tersura de mis pechos y con la inocencia de mi voz. Todo eso me lo decía como en un delirio último vital.

En aquel momento Orlando me miró azorado, tembló; sintió calor, sintió frío; quiso arrojarse al aire de ese verano; aplastarse con mi peso bajo los pies; estirar los brazos como las hayas y los robles de nuestra casa de campo. De hecho, replegó los labios sobre los dientes blancos, los entreabrió una media pulgada como si fuera a morder; los cerró como si hubiera mordido. Y me invitó a pasear con él, mientras se pendía de mi brazo.

Plutón es el planeta de la ambición y de la corrupción,

así como de la muerte y de las transformaciones profundas de raíz. Todo eso, en lo que se vaticina a nosotros, en Europa, vamos a estar así muchos años, porque es como un cáncer que tiene Europa, en todas sus viejas estructuras. No nos podemos reír de los políticos, hay que tener cuidado, sí, yo sí tengo miedo de ellos, toda mi vida tuve que huir de algo que me parecía extraño; sin embargo, el poder, decía Nietzsche, es el afrodisíaco más fuerte. Es muy difícil atacar el poder.

Pero Orlando quería envolver la vida en seda, necesitaba mentiras traicioneras. Quería relamerle todos los orificios a la vida como si fuera un sueño de vida y muerte. Finalmente me achacó el que cargara con él. Se volvió irascible. Ya no era bello ni hermoso y eso le paró en seco. Sólo con la melancolía podía revivir sus pasiones. Y aún así era todo un privilegio para él. Pero lo peor era que no podía hacer otra cosa que esperar y se atormentaba. Como si fuera un juego de

almas traviesas o de almas atormentadas, empezó a bifurcar en él una personalidad bipolar que le trastornó más. Me dijo que estudiase, que siguiese con su investigación. Mientras me decía que yo era su obsesión, que quería convertirme en su verdadera pasión, una pasión más animal y primigenia. Me decía que aún no me había hecho el amor como yo merecía. Después se ponía a llorar por mí y a reprimir lo más inteligente de su ser.

25

El universo probablemente nos creó hace miles de miles de años y nosotros probablemente somos co-creadores con él por la conciencia, y, por tanto, con la conciencia con que se abren estos cambios personales y sociales, nosotros también podemos influir en nuestro destino y en el destino del universo.

Bueno, lo que se avecinaba para el mes de julio de 2011 yo ya lo estaba esperando, íbamos a tener, de hecho casi la teníamos ya, una

gran cruz en el cielo, entre Urano Plutón y Saturno, y en julio además para cuadrar tendríamos al Sol.

Una cuadratura representa una recesión más; y es que de ahí puede salir lo más destructor y lo más revolucionario al mismo tiempo.

Hemos tenido una crisis que ya no se va a volver a repetir en noventa años, sí, en noventa años, que no volverá a haber otra cuadratura entre Plutón y Saturno. Y queremos ahora arreglarla aceleradamente.

Es imposible. Tenemos que darnos tiempo.

Orlando sabe bien que la originalidad de nuestro pensamiento partió a raíz de nuestro descubrimiento de los ciclos de Plutón, ciclos que son muy largos, en realidad, de más de doscientos cuarenta y cinco años.

Si todos nosotros supiéramos de astrología sabríamos más que los actuales economistas que no han acertado en nada, pero se ha ido Plutón (Plutón se fue de Sagitario en 2010), y Plutón tiene que ver con las fuerzas oscuras, con el dinero negro, y se ha ido y se ha llevado todo el dinero negro. ¿Adónde ha ido a parar todo el dinero negro? Ahora Plutón ha entrado en Capricornio, luego el dinero está sirviendo para conservar el viejo orden institucional.

En realidad, las instituciones tienen mucho miedo y están peligrando. Peligran sus funcionarios, sus tecnócratas, por eso no hay una reacción

hacia el exterior de la sociedad.

Seguiremos así viendo como los privilegios de poder se conservan.

Parece que reaccionamos hacia atrás.

26

Tú no regresarás, casi por capricho del destino. Todo lo

que se rompe de forma brusca, termina repitiéndose, está condenado a

recurrirse, lo demás es sólo ilusión, una malla pasajera que nos hace envejecer reprimiendo nuestro amor, tu recuerdo en mi mente. Pero Orlando no era ciertamente de los que se deslizaban ágiles bailando, era torpe y un poco distraído.

Es mi última noche para oler a jazmín porque me voy, me voy por siempre a ese sitio mágico que nunca pensé que pudiera existir. Orlando sigue quedándose con mi cuerpo, porque ya no me necesita. Ni yo tampoco necesito habitar en sus noches oscuras. En su alma. Lo cierto es que le pido que me deje estar una noche más con él antes de que veamos volar las cometas libres otra vez, junto a nuestro bote en el fondo naufragando este último otoño cargado de manzanas.

Porque la escarcha seguía intacta; las noches eran de perfecta quietud, la Luna y las estrellas ardían con la dura fijeza de los diamantes y, al fino compás de la flauta y de la trompeta, bailaban las gentes de la población.

Cardúmenes de anguilas yacían sin movimiento. Y todos nos preguntábamos si estaban muertos o si era una simple suspensión de vida que reanimaría el calor.

Ahora precisamente en este instante me queda lo intemporal de esta ciudad, y esta última noche para quedarme sola con mis recuerdos, antes de que penetre el frío del intenso invierno.

Cataratas de rosas escarchadas se desprendían cuando Orlando y yo paseábamos por nuestra casa de campo, en las afueras de Copenhague. Sí, recuperamos nuestras costumbres más sosegadas y livianas con naturalidad. En el aire se cerníań, inmóviles, globos de colores.

Aquí y allá ardían vastas barbacoas de madera de cedro y de roble, al lado del mar y las playas de estas costas, profusamente salada, para que las llamas fueran de fuego verde, anaranjado, y purpúreo.

Ardían ferozmente pero su calor no bastaba a derretir el hielo que, aunque de transparencia singular, tenía la dureza del acero.

27

Todo esto, lo reconozco, nunca dejará de asombrarme.

Sí, Orlando se cansó pronto, no sólo de las incomodidades de la vida, sino de las costumbres escabrosas de la gente, de las calles de la vecindad. Así, aunque conservándole feliz recuerdo, dejó de frecuentar las cervecerías y las canchas de bochas, ya no tenían atracción para él, igual la pobreza y el delito, esas supersticiones del pueblo, con las que antes se había enriquecido en su saber, dejaron de tener atracción para él.

Orlando creía que podría escapar de esta horrible prisión del hielo. Porque su alma pertenecía a una especie de galaxia Lunar brillante. Sin embargo, éste es un recuerdo de él que nadie podrá arrebatarme. Quizá él se había liberado del peso de la experiencia o quizá él ponía su corazón al descubierto, como lo hacen los árboles que se desnudan de hojas. "Mírame, te muestro mi interior puro e inocente", me llegó a decir en aquellas horas. "Tú no te vienes conmigo porque no era yo

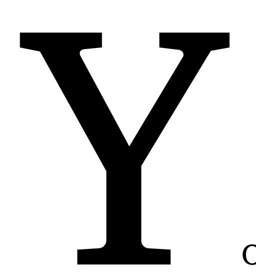
quien te hacía el amor en aquellas heladas, sino que eras tú a ti misma", me dijo en una frase incomprensible. Pues él pensaba que ya hacía tiempo debía haberse instalado en algún lugar de sus sueños o de los míos o haber partido hacia algún desgastado destino frustrado.

"¿Por qué dices eso, ahora que habíamos encontrado nuestro destino?", le preguntaba yo. "Porque siempre me he sentido un alma viajera", me respondía. Y añadía: "Pero estoy alegre por escuchar tus pequeños secretos, tu alma de poeta, mi amada Ofelia". Ofelia era como él me llamaba, era mi verdadero nombre. Y yo le llamaba Orlando que también era su verdadero nombre. Y cuando por las noches me llamaba decía que lo hacía para que me salvase, al llamarme por mi nombre. Para que recordase aquella tarde pesada y espesa donde Ofelia la de la leyenda de Shakespeare se consumía en su caminar ingrávido, obstinándose en los túneles y las estrecheces de los miedos.

Ahora mismo he de quedarme yo misma desde la levedad con la sonrisa de él, con la sonrisa del Otro. Sea la opción que escoja no era con él con quien me acostaba todas las noches sino con su alma. Era su alma la que me hacía el amor bebiéndose mi energía y mi sosiego, y luego me consumía en su levedad. Todo esto he de reconocer nunca dejó de asombrarme. Él nunca volvería ya a discutir por el trono o por ningún poder, ningún Dios ya creería en él. Se fue simplemente porque quería que yo viviese como la Ofelia de la leyenda. Ahora precisamente me queda lo intemporal de esta ciudad, esta última

noche para quedarme sola conmigo e inundarme con todos sus recuerdos.

28



Orlando tenía demasiada luz para encerrarse en un ser atormentado por su pasado. Pero sabía que un día se iría lejos de mí. De hecho, eso fue lo que me sedujo de él, que quisiera unirse a mí

y, al mismo tiempo, estarse escapando de mí siempre. Como si lo nuestro nunca hubiese sido real.

En este mar infinito que derrama sobre nosotros su brisa suave y desnuda no supe que él se iba a desangrar de esa forma tan sincera y tan salvaje. Abrió su cuerpo y vertió todo el amor de su cuerpo astral sobre mí. Él sabía que yo era la única persona que podía recoger todos sus conocimientos astrológicos, la única que le había seguido hasta el final. Lo último que me dijo es "Aprende danés", porque él creía que éste era el país de nuestro futuro y lo fue de nuestro presente real, más real, cuando él se abrió y lo volcó todo.

Lástima que no pudiera adaptarse del todo a este clima tan frío y a esta climatología tan cambiante. Pero ahora me dejó porque necesitaba morirse escribiendo el sufrimiento principal de su vida, la vida de un astrólogo. "Déjame solo", me dijo al final.

Ya no era joven, ni siquiera era hermoso, ni teníamos dinero. Sin embargo, nadie fue recibido con más aplausos que él en este país nórdico, por eso, decidimos mudarnos aquí. Con el tiempo él me dijo que conseguiríamos adaptarnos.

Pero aquel año vino una especie de gran helada. La helada fue una de las más severas que ha afligido a estas islas nórdicas. Los pájaros se helaban en el aire y se venían al suelo como una piedra.

En Copenhague una mujer rozagante quiso cruzar la calle y, al azotarla el viento helado en la esquina, varios testigos presenciales vieron que se hizo polvo y fue aventada sobre los techos.

La mortandad de rebaños y de ganados fue enorme en el campo. Los campos estaban llenos de pastores, labradores, yuntas de caballos y muchachos reducidos a espantapájaros paralizados en un acto preciso, uno con los dedos en la nariz, otro con la botella en los labios, un tercero con una piedra levantada para arrojarla a un cuervo que estaba como disecado en un cerco.

Sí, ya lo digo fue un invierno muy duro.

Pero lo que le pasó a Orlando es que se cansó de escuchar siempre estas mismas historias. No sólo se cansó de la incomodidad de la vida, sino de las costumbres bárbaras de estas gentes del mar frío. Los hombres de aquel momento no sabían nada de nuestra actual vergüenza de haber aprendido algo en un libro, de que es una falta de virtud no saber leer, que es un prejuicio de que la vida y la realidad están ligadas a la brutalidad y a la ignorancia, ni siquiera conocían un sinónimo de estas palabras. Orlando, por tanto, dejó de frecuentar aquellos ambientes del pueblo, por cansancio.

Orlando al cabo de escuchar muchas veces de qué manera alguien perdió su nariz y su honor —y referían las historias admirablemente, debe admitirse— pero la repetición empezó a fatigarlo ligeramente, pues una nariz sólo puede cortarse de un modo y una virginidad perderse de otro —o así le pareció—, en tanto que las ciencias y las artes poseían una diversidad que le interesaba profundamente.

Me confesó entonces que iba a retomar su trabajo sobre ciencias astrofísicas aquí en la capital de Copenhague, que aún no se nos habían cerrado las puertas.

Yo sigo aquí en Copenhague, por cierto, me tratan muy bien. Trabajo muy a gusto, siempre tengo una taza de té y un surtido de snacks, queso picorino, aceitunas negras y pan aderezado con pimienta y sésamo en lonchas.

Aquí con una jarra delante, casi siempre a la vista de esos canales y barcos que pasan por la ciudad y toda la sencilla arquitectura de casas coloreadas y con grandes ventanales enmarcados en color blanco, uno se sienta delante de estos restaurantes que surcan el canal y cuenta o escucha cuentos de marineros sobre el horror o el rigor de esos mares del norte. Algunos habían perdido el dedo del pie, otros la nariz —pues el relato oral no era nunca tan redondeado o de color tan primoroso como el escrito—. Particularmente me gustaba oírlos vociferar sus canciones.

No faltaban oportunidades. El canal madrugaba y trasnochaba con barcazas, chalanas y embarcaciones de toda clase. Cada día zarpaba un hermoso barco rumbo al norte y sus bacaladeros. O hacia la ruta de los turistas.

Nadie se daba cuenta si nos demorábamos un poco después de la

puesta del sol. El día era caliente y en la alta noche, aún nos deslumbraban los rubíes y el ámbar de los escaparates de las tiendas de arte del canal de Nyhavn.

30

Las marchitas complejidades y ambigüedades de nuestro tiempo más dudoso y gradual, le eran desconocidas en su último tiempo. La violencia era todo. Se abría la flor y se marchitaba. Se

levantaba el Sol y se hundía. Se hizo clarividente, en esa última época de su vida.

Las flores eran rosas, y sus estaciones eran breves como las de su alma enamorada. Antes de la caída de la noche había que cortarlas; pues el día era breve y el día era todo. Sí, Orlando oía las indicaciones del clima, de los poetas, del tiempo mismo, y cortaba su flor en el antepecho de la ventana con el suelo blanco en el corredor, y no puedo culparlo ahora. Seguía siendo joven, se hizo más aniñado con el tiempo, hacía lo que la naturaleza le mandaba hacer.

Sin embargo, ahora, el tiempo no parece perdonarme. Espero que a ti sí. Espero que mi carga se convierta en sentimientos que brillen en el firmamento. Porque me estoy volviendo loca, porque te busco en otros rostros que no encuentro. Tu recuerdo me atormenta, y no sé si hago bien en bañarme en las aguas de la locura. Son sendas ocultas que conectan con tu corazón, como en una efímera ruta hasta dar con el alma.

Me has dado la vida y me has hecho más fuerte ante el temor que siento ante mí misma. Tú estás en mí porque haces que todo en mi vida sea posible ahora. Sin más lágrimas, sin más heridas, sin más sangre derramada. Llévame contigo hasta el confín del horizonte y seremos como pájaros de fuego cantando en el contorno de los ríos y los valles, por encima de las montañas y los sueños.

Llevabas tiempo buscándome y cuando me encontraste, me encontré con tu decadencia, con una mente inquieta, depresiva y trastornada. La enfermedad había mellado en ti y te había transfigurado el alma. Un sudor frío te recorría el cuerpo aquella mañana. Pero tú seguías vigía toda la noche y esperando el alba para que el milagro ocurriera en tus entrañas, la locura de responderme en el amor. Dejaste de estar solo y loco por un instante, en que yo aparecí para entenderte al final del todo. Para limpiar tu nombre, para darme tú una oportunidad a mí misma, al otro lado de las estrellas y de los seres del cielo. Yo me rebelé hasta que tus ojos y tus párpados sangraron para ver tu propia realidad.

Pero te dediqué mi sueño y las horas y sentí una luz cegadora que me abrió todas las puertas.

Traduciendo esto a regiones espirituales como es de costumbre, también Orlando era una especie de poeta para mí, cantaba bellamente la vejez de las rosas y la caída de los pétalos. El momento es breve, cantaba; el momento pasó; hay una larga noche única para que duerman todos. No era de él recurrir a los artificios del invernáculo para prolongar o preservar esas frescas rosas y claveles que me regalaba en nuestro aniversario, cada año.

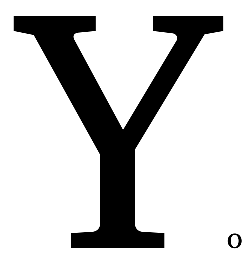
Pero hoy es otra vez marzo, mi hombre del invierno, y me siento que trato de interiorizar las espinas que me desgarran el corazón. Y trato de hurgar en las experiencias, que ya no florecen más en mi cuerpo ni en mi alma, porque ningún amor jamás consiguió abrirme los ojos ni cerrar las horribles heridas que la pérdida del otoño de tu cuerpo me causaron.

El amoroso día brillante estaba dividido de la noche aquí en

Copenhague tan absolutamente como la tierra del agua. Los ocasos eran más rojos y más intensos, el alba era más blanca. De nuestras medias luces crepusculares y penumbras morosas nada parece mostrarse. La lluvia cae con vehemencia, o no llueve.

Estamos metidos por muchos años en una lucha por las tecnologías (Urano en cuadratura a Plutón por varios años más, hasta el 2015). Eso es lo primero, por ese motivo no avanzamos unidos en Europa, y estamos en una esquizofrenia constante, entre la crisis de la deuda y entre el negocio y el avance de las tecnologías para abrir mercados, y todo lo que hemos progresado se puede destruir en un momento, como ya ha pasado.

32

o tuve que crecer muy rápido estando a tu lado.

Mientras que me sentía como una niña al mismo tiempo consentida. Pero tú me calaste el corazón en un instante, en aquella clase en que nos conocimos. Por supuesto, tú eras el principal conferenciante.

Yo era muy joven, pero yo ya sabía lo que era llorar por amor.

Pero casi no conocía esta desesperación juvenil de los primeros

amores, en definitiva, se podría decir que tú fuiste mi único y gran amor en la vida.

Yo sólo te esperaba para ser tu aprendiz en todo. Era tal mi enamoramiento que me levantaba después de muchas tardes y me iba hacia la clase donde trabajabas y desarrollabas aquel programa didáctico para jóvenes astrólogos. Tu pelo tenía un olor a manzanilla natural, era de un color castaño suave con reflejos y matices dorados. Tus ojos eran dos órbitas marrones dilatadas y decían mucho de ti los reflejos de serenidad que ellos me transmitían al mirarte. Eran dos lucecitas traviesas y apuradas pero que confluían conjuntamente en mí con suavidad. Pero cuando me miraste, ya no me miraste más, te precipitaste y me invitaste a salir.

Trepaste por aquella escalera de caracol que conducía a un gran estante de libros y depositaste tu gran libro de efemérides en ella, y luego me llevaste a un buen restaurante.

Y mientras caminábamos, casi ya te habías declarado a mí.

No sé por qué te había atraído mi gran melena rubia y mis ojos marrones muy claros. Pero tus ojos, redondos y empañados como una piedra marrón con grietas verdes de extraña configuración, estaban inmóviles. Y eso me dio mucha seguridad para seguir hablándote.

Un día no muy lejano me encontraré contigo, ya lo tengo decidido, ya

no viviré un día más sin ti. Tú siempre tuviste miedo a nuestra diferencia de edad, pero yo nunca lo temí por mí, sino por ti. Creo que todos comprenderán que cuando los astros te llevaron, me llevaron a mí contigo también.

Dejo esta carta astral manchada de sangre y agua, para el que todavía se pregunte si te amaba.

Todo fue por mi culpa, por mi estupidez.

Ya no habrá nada más que esta carta astral, que nos separe, nada más que esta carta y ésta es mi sutil confesión de que me apiado para ir contigo. Jamás debí dejarte solo, ahora he de pagar.

Me voy con el recuerdo de la culpa, el de no haber estado contigo en ese momento en que me necesitabas, pero me voy con la esperanza de dejarte en una estrella del cielo.

Tal vez, necesitabas estar solo, viajar a los Estados Unidos siempre había sido normal en tu caso, pero esta vez el viaje fue mucho más duro para tu vitalidad.

Siempre pensé que no querías amarme, por eso me eché para atrás.

O de que no podía ser amada por ti como correspondía, porque mi sabiduría era muy pequeña comparada con la tuya. Pero que siempre

podía incrementarla más. Para lo cual necesitaba nuevas percepciones y nuevas experiencias.

Tal vez siempre somos amados por quienes no podemos amar, como decía Alejandro Magno.

Una extraña bivalencia o mutua discordancia. O amamos a quienes no podemos amar.

Ahora naufrago por un sentimiento que me queda por dentro y me arde. Orlando siempre suspiraba profundamente, había una pasión en sus movimientos que justificaba la palabra Tierra. Le gustaba, bajo toda esta fugacidad de las estaciones del año, sentir el espinazo de la tierra bajo su cuerpo; porque eso le parecía la dura raíz de la encina o de otro árbol; o siguiendo el vaivén de las imágenes, él era como el lomo de un gran caballo que montaba; o la cubierta de un barco dando tumbos. Orlando era, de veras, cualquier cosa, con tal que fuera dura, porque él sentía la necesidad de algo a que amarrar su corazón que le tironeaba el costado; su corazón que parecía henchido de fragantes y amorosas tormentas a esta hora, todas las tardes, cuando él salía a descansar un rato.

Me has dejado sola en la vida. Mi alma llora cuando estoy sola. A la hora o algo así cuando el Sol declinaba rápidamente tú volvías de tu paseo, las nubes blancas se hacían rojas, las colinas violetas, los

bosques y los valles a lo lejos se convertían en negros de púrpura y siempre al final resonaba aquella trompeta del trompetista que vivía en el bar de jazz de la esquina. Siempre te ponías de pie de un salto, cuando escuchabas la trompeta. En ese momento, vivíamos en la sierra de Madrid, pero fíjate tú ahora, cuánta distancia me separa de allí. Ahora vivo, donde también tú viviste el último tiempo, en una ciudad, en su extra-radio pero cerca del centro, con sus barcos y canales, con mucha industria y casas modernas.

Sí, todavía estoy a tiempo de irme contigo, Orlando. Juntos partiremos hacia algún destino perdido, donde nuestros cuerpos se fusionen para siempre.

¡El tiempo es ilusión! Y ahora déjame quedarme escondida entre tus brazos y yo soñaré dormida que te cubres de blanco. Siempre tuve miedo a quererte de este modo, porque mi amor hacia ti era tan fuerte que no aceptaría que la muerte nos separase. Pensé que podría cubrir con el más puro y sincero amor tu cuerpo, sin temerte, y tu corazón, como hago ahora, pues jamás me hiciste daño alguno.

Yo sólo era como una niña asustadiza cuando te conocí. Yo me sentía tu heroína, tu eterna vengadora de una libertad hacia el interior, porque me hacías sentirme más mayor y más madura. Pero yo vi entonces tu dolor y por ti supe del sufrimiento de un corazón, que se manifestó con máxima claridad en los ojos de un resplandor, de un enamoramiento casi a traición, como fue el nuestro. Casi no me diste

tiempo a pensarlo.

34

Sufro blancos delirios porque Orlando ya no está conmigo.

No es difícil para mí trabajar en la redacción de este diario de astrología, pero sin él se me hace como una montaña hacia arriba. El tiempo me arrastra hacia él como si gravitase. Como si llevase en el corazón una corona de espinas que me desgarrase la vida, mientras me dice que debo seguir viviendo, que debo convertirme en otra mujer

distinta, tal vez mucho más diferente de lo que yo misma pude prever.

El surgimiento de las nuevas ciencias experimentales —como la astronomía y la física— que niegan la superioridad del espíritu sobre la materia y elaboran leyes válidas para los fenómenos terrestres y celestes, los cuales resultan de esta manera “nivelados”, es un cambio relevante que proviene del Renacimiento y abunda en la idea de una nueva concepción de la igualdad y de la libertad.

Pero ahora veo que el matiz con que Orlando, mi marido, miraba a las estrellas terminó rompiendo su rima y su metro. Bastaba mirar a la ventana para él y mirar el Sol, y bastaba pensar «cuántos soles veré declinar», etc., etc. El pensamiento es harto conocido para que valga la pena escribirlo, y soltaba así la pantalla del ordenador, tomaba su abrigo y salía fuera de la habitación, y se agarraba con el pie al suelo y al asfalto, porque en esto era un poco torpe, en fijarse en las cosas que circulaban alrededor de él.

Sí, ahora todo me sabe a dolor y a despedida por haber fracasado en mi misión con él. Juzgaste y te juzgaron, yo ahora me quedaré esperando mi castigo, pues para cuando éste aparezca yo ya estaré muy sosegada, pues no pienso torturarme ahora por nada, ni siquiera por ti, Orlando, porque ha sido todo como estaba anunciado, tal como tú dijiste. Estábamos invitados al placer de huir y al festín de la cobardía. Es mucho lo que hemos luchado, no obstante, para todo esto.

Yo desde aquí intento despertar los escritos de mi compañero perdido, por puro egoísmo, por limpiar la poca conciencia que me queda, porque ya no me quedan ganas de amarle apasionadamente, de seguirle, de buscar su complicidad y su seguridad. Pero aquí en esta ciudad de los canales de agua, desde otra dimensión, con sus islas y su viento frío, he vuelto a descubrir algo que me unía a él más que a nada. Nuestra fluida corriente, lo que nos movía a los dos. Esa forma de buscar en los astros las explicaciones de las cosas.

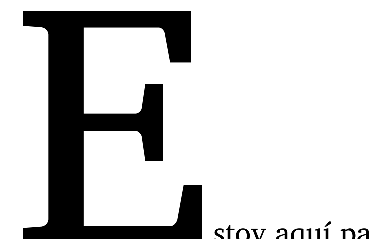
Pero reconozco que me obstino en lo imposible que es cambiar el propio destino. Al menos, aquí estoy bien tratada en la revista astrológica de Copenhague donde realizo mi actual destino. Aquí sí han valorado nuestros libros, nuestras publicaciones conjuntas. Gracias a que él siempre quiso que estuviéramos juntos en nuestras ediciones literarias. Este es un camino nuevo ahora para mí, y un umbral que tal vez a él le hubiera gustado cruzar también.

Puede que sea por justicia universal, pero yo no creo que te hayas ido sólo por eso, cuando te perdías bebiendo, fumando, hasta anunciar tu propia muerte. Describías, como todos los escritores y astrólogos jóvenes siempre describen, la naturaleza, el firmamento, y para determinar un matiz preciso de verde o azul, mirabas (y con eso mostrabas más audacia que muchos) la cosa misma, que era un arbusto de laurel bajo la ventana y una estrella en el cielo. Después, naturalmente, dejaste de escribir. Y no pude entender que te quisieras

ir así. Te escuché caminar y te busqué demasiado tarde. Porque cuando te encontré ya te vi muy dormido.

En cuanto eché una ojeada a la frente y los ojos de él, me extravié en metáforas. Tenemos que admitir mil cosas desagradables de esas que procura eludir todo astrólogo competente. Las cosas que le inquietaban, pero él las tenía marcada en sus cartas. Lentamente encogía el cuello, se sentaba a la mesa, y con el aire semiconsciente de quien está haciendo lo que hace todos los días de su vida a esa misma hora, sacaba su cuaderno rotulado y empezaba a escribir este mismo diario al que yo pretendo dar continuación ahora.

Todas las efemérides astrales figuraban allí, con sus posiciones y sus símbolos astrales. Era, sin duda, un escritor copioso pero era abstracto.

stoy aquí parada en la ventana, debo admitir que él tenía ojos como violetas empapados, tan grandes como el agua que parecía haberse desbordado de ellos ensanchándolos, y una frente como la curva de una cúpula de mármol apretada entre los dos medallones lisos que eran sus sienes. Sí, era tremendamente hermoso. Esos sueños representaban la esperanza, la dulzura y el sueño de una inteligencia elevada. Si ahora estoy aquí es para huir de su recuerdo. Para danzar sobre su muerte. Porque yo le conmemoro ahora en un paralelismo con la muerte y con el brillo de la estrellas. El por qué tuvo él que morir y no yo, no lo sé.

He terminado creyendo que la vida está gobernada por circunstancias que son siempre mayores a nuestra voluntad. He venido a Copenhague porque aquí al menos tengo una posición. Él siempre soñó con venir y ser valorado por su trabajo de astrólogo. Pero nunca pensé que yo me quedaría aquí terminando de realizar su sueño.

Él ahora ha muerto de un cáncer maligno, casi desconocido.

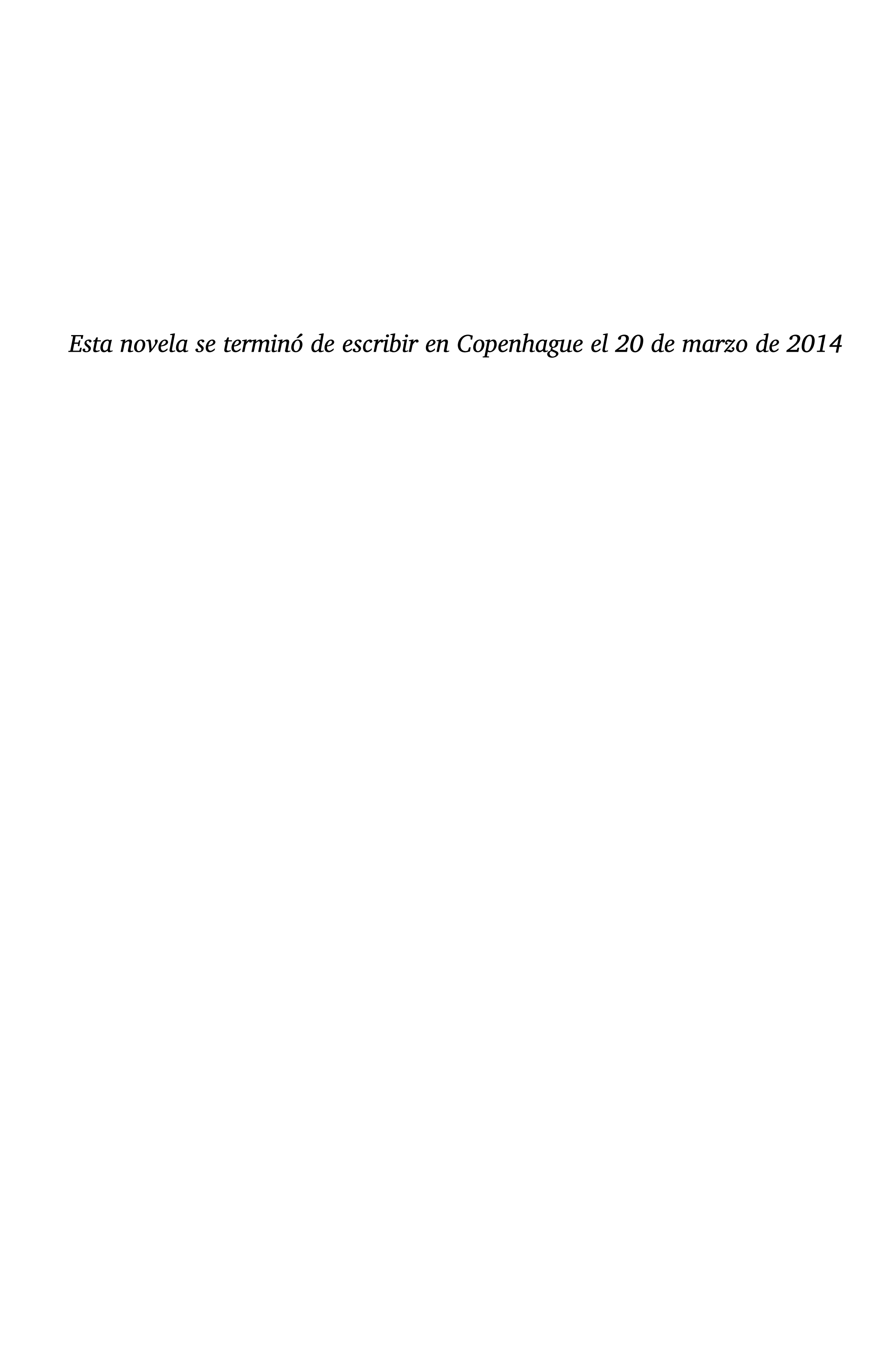
Él había sido mi esposo, llevábamos una convivencia de muchos años, quizás ya quince años.

He cruzado el umbral para encontrar un Sol incandescente reflejado sobre estas aguas límpidas, un caminar malva con sendas ocultas, que me evocan recuerdos de las aguas donde nací. He llegado hasta aquí, a Copenhague, para encontrarme con mi futuro. Es un sueño, una esperanza que nunca nadie ha visto. Pero mi alma estará a salvo cuando a ti te importe el sentimiento que puebla mis sueños.

Nunca en la vida he sentido nada igual, porque cuando sentía que tu sangre volaba por encima de mi corazón, tú arrojabas mi alma hacia aquel amor prometido y asignado. Sin embargo, te fuiste y me dejaste. Ahora en este innegable baile en el horizonte vuelvo a ver el polvo de nuestros huesos y vuelvo a observar tu abandono hacia mí.

Le temo en la madrugada. Me dan temor estas preguntas, cuando me pregunta si le he amado o yo le pregunto si él me ha amado a mí.

Sólo quiero mirarte ahora a los ojos y decirte la verdad desnuda, inocente y pura: Te amo para siempre.



Esta novela se terminó de escribir en Copenhague el 20 de marzo de 2014